



Takashi Hiraide

El gato que venía
del cielo

Traducción de Yoko Ogihara
y Fernando Cordobés

1.

A primera vista eran fragmentos de nubes flotantes. Indecisas, oscilaban despacio a izquierda y derecha a merced del viento.

La ventana de la cocina casi llegaba a tocar la valla que bordeaba el arroyo impidiendo el paso, por así decirlo. Desde el interior, el cristal esmerilado se asemejaba a la pantalla en blanco de una sala de proyección. Las vetas de la madera de la valla estaban picadas de minúsculos agujeros. Sobre aquella tosca pantalla, más allá de un sendero de unos tres metros de ancho, se reflejaba el tenue contorno verde de un seto plantado en dirección norte.

Cuando pasaba alguien, su silueta se apoderaba de la ventana entera. Sin duda, se trataba del mismo efecto que el de una cámara oscura. Los días despejados, los contornos se recortaban con especial nitidez en la penumbra interior, si bien la impresión que producía el transeúnte era la de caminar boca abajo. Y no solo eso, sino que al alejarse, las siluetas parecían hacerlo en dirección contraria a donde realmente iban. Cuando la persona se acercaba a uno de los orificios de la madera, su figura invertida se hinchaba hasta desbordar la pantalla de cristal; si daba un paso

más, se borraba en un instante sin dejar rastro, como si no hubiera sido más que una ilusión óptica.

Pero aquel día el reflejo de los pedazos de nubes tardaba mucho en desvanecerse. De igual modo, por mucho que se acercara al orificio de la madera, su imagen no se inflaba. Cuando alcanzaba el punto donde se suponía que debía hincharse, justo en la parte alta de la ventana, permanecía tan pequeña que se podría haber sostenido en la palma de la mano. Los jirones de nubes flotaban afectados por una insistente vacilación. Al final, se escuchó un débil gemido.

Decidimos llamar a aquel sendero «el Callejón del Relámpago».

A veinte minutos en tren desde Shinjuku en dirección suroeste, se llegaba a una pequeña estación donde los expresos no tenían parada. Tras diez minutos a pie en dirección sur, se desembocaba en un altozano. Nada más coronar la minúscula colina, aparecía una calle orientada de este a oeste con un tráfico considerable. Al cruzarla en diagonal, se llegaba a otra calle ancha en pendiente. Setenta metros más abajo, a la izquierda, aparecía una hermosa casona de construcción tradicional, rodeada por un muro enfoscado en el que se apreciaba el bambú aún bien erguido en la parte inferior. Al girar de nuevo a la izquierda, antes de llegar a la casa, el muro se hacía muy somero. Allí era donde estaba el sendero que bordeaba la valla.

La casita que alquilamos era en realidad un discreto pabellón situado en un rincón del amplio jardín que se extendía entre el muro y la valla. Esta tenía una puerta de madera de un solo batiente que servía a un tiempo de acceso para el servicio de la casa principal y de entrada para los inquilinos del pabellón. Los agujeros en la madera semejaban ojos invisibles.

Cuando alguien pasaba por el sendero, su figura se reflejaba, sin saber muy bien cómo, en la ventana que quedaba justo detrás del muro hasta que chocaba con otro de ladrillo que sobresalía por el lado izquierdo. En ese punto, el camino casi llegaba a formar un ángulo recto. Tras ese quiebro inesperado, un poco más adelante, volvía a curvarse bruscamente a la izquierda y allí uno tropezaba con otra casa cuyo tejado estaba cubierto por las hojas de un olmo portentoso. Como el sendero dibujaba esa forma de diente de sierra, lo bautizamos por pura diversión como el Callejón del Relámpago.

El olmo era un árbol muy anciano. Es probable que estuviera catalogado entre los ejemplares centenarios protegidos por el municipio. Cuando construyeron la casa a la que daba sombra, debieron de dibujar los planos de manera que lo rodease sin llegar a afectarlo.

Las ramas crecían a su antojo, guiadas únicamente por su propio capricho. Su sombra se extendía hacia la parte oriental del jardín, hasta casi rozar el pabellón levantado al noreste.

Hasta allí prodigaban su exuberancia, y la infinita hojarasca de finales de otoño tenía el efecto de arrancar suspiros a la anciana propietaria.

Fue el niño de la casa donde se alzaba el olmo, un chico de unos cinco años, quien un buen día decidió adoptar al gatito que apareció en el Callejón del Relámpago.

Aunque éramos vecinos por el este, estábamos separados de ellos por el relámpago que dibujaba el sendero, de manera que nunca teníamos ocasión de cruzarnos al entrar o salir. Por la parte que daba a su casa, había una ventana corredera cuya función principal era la de ventilar. El resto de la linde entre las dos propiedades albergaba el muro. Pero por encima de todo, al ser los inquilinos de un pabellón que tan solo ocupaba un rincón en un vasto terreno, nuestra conciencia de vecindad únicamente llegó a desarrollarse de manera muy tenue.

Arrebatado por el entusiasmo, el niño jugaba a menudo en la zona donde el sendero giraba sin dejar de proferir en ningún momento unos gritos agudos. Rara vez tenía ocasión de cruzarme con él, dado que nuestro ritmo de vida era muy distinto: yo solía quedarme hasta la medianoche inclinado sobre la mesa de trabajo. Sin embargo, un día se escuchó: «¡Quiero quedarme con el gato!». La voz que manifestaba con toda claridad la voluntad infantil franqueó el muro y llegó hasta la mesa donde disfrutábamos de un desayuno tardío. Unos días antes, había visto a un gatito

que iba y venía a saltitos por el minúsculo jardín del pabellón, que solo servía para tender la ropa, y al escuchar la voz del niño no pude evitar una sonrisa.

Cuando más adelante lo pensé, comprendí que fue en ese instante cuando todo se desenca- denó.

2.

La voz infantil, aunque firme, que hizo semejante declaración de intenciones debió de llegar también a oídos de la propietaria que vivía en la casa principal. (Por alguna razón, aquel atardecer yo escuchaba claramente el rumor de las conversaciones y por eso pude oír la que tuvo lugar frente a la puerta de la casa de la vecina.)

«¿Vais a tener un gato?» La voz de la anciana sonaba inquisitiva. «¡Es un auténtico fastidio!», sentenció.

Los gatos entraban y salían al jardín por todos los flancos, lo estropeaban, hacían crujir el tejado; a veces, incluso, dejaban huellas de barro en el tatami del salón. Sin embargo, la abuela lo dijo en el mismo tono en el que solía expresar sus demás quejas.

La mujer joven que vivía en la casa de al lado hablaba con una voz distinguida, llena de reserva. Al escucharla, uno podía llegar a pensar que iba a someterse a los ochenta años que tenía enfrente, pero no se dejaba acobardar. Más bien parecía evocar la imagen del niño implorando desesperadamente, y fue la anciana quien finalmente se doblegó.

Recordé que dos años antes, cuando firmamos el contrato de alquiler, me llamó la atención una de las cláusulas que prohibía expresamente tener niños y animales. Como ya habíamos traspasado el umbral de los treinta y cinco, ninguno de los dos deseábamos tener hijos, y en lo que se refería a animales domésticos no sentíamos especial predilección por los gatos. Los dos trabajábamos, así que la posibilidad de tener un perro no llegó siquiera a plantearse nunca. El nuestro era, por tanto, el perfil ideal de inquilino que la anciana deseaba para su pabellón.

Algunos de nuestros amigos íntimos adoraban a los gatos, y la ternura que derrochaban con sus animales en ocasiones me resultaba ridícula. Fui testigo de escenas en las que se entregaban en cuerpo y alma, sin sentir por ello la más mínima vergüenza, indiferentes a todo juicio externo. Bien pensado, no se trataba de que a nosotros no nos gustasen los gatos, simplemente nos sentíamos muy alejados de los que se declaraban enamorados de ellos. Una razón determinante, supongo, era quizá que no teníamos trato directo con ninguno en nuestro día a día.

De niño tuve un perro. Siempre he pensado que las relaciones que se establecen con los perros están exentas de sentimentalismo, que la tensión que une a través de la correa al que obedece con el que hace obedecer constituye un vínculo puro y simple.

Debía de tener más o menos la misma edad que el chico de los vecinos. Vivíamos en una casita pegada a otras, todas iguales, con un cierto aire de *nagaya*^{*}, construidas, al parecer, como alojamiento para funcionarios. Fue allí donde nos robaron el cachorro que acabábamos de adoptar. Ocurrió una tarde de sábado o de domingo. Mi padre se dio cuenta de que el *spitz*^{**} que teníamos atado a la puerta de casa no estaba y farfulló: «¡Malditos ladrones de perros!», expresión que retiró de inmediato. Me arrastró fuera de casa, buscamos por todas partes, pero no encontramos la más mínima huella del perro ni de su secuestrador.

Supe que no hacía falta hacer más preguntas cuando escuché a mi padre maldecir de nuevo: «¡Malditos ladrones de perros!». Mi hermana mayor aún se acuerda de que no dejé de llorar en toda la noche.

Aunque a mi mujer no le gustaban especialmente los gatos, sabía mucho sobre los seres vivos en general. De pequeña tenía un acuario con cangrejos y tritones. Recolectaba larvas, dejaba volar en libertad por su habitación a toda clase de mariposas después de que eclosionaran; también criaba *jushimatsu*^{***}, canarios, polluelos. Llegó incluso a hacerse cargo de las crías de go-

* Hilera de casas alineadas bajo un solo tejado. (*N. de los T.*)

** Raza canina japonesa de pequeño tamaño. (*N. de los T.*)

*** Pájaros que empezaron a importarse a Japón desde China en la era Edo (1603-1868). (*N. de los T.*)

rrión que caían de los nidos, o de los murciélagos heridos.

Incluso ahora, cuando vemos en televisión algún documental sobre animales, es capaz de enumerar, sin equivocarse, la mayor parte de los nombres de las distintas especies exóticas que habitan en países lejanos. Por eso, cuando digo que ni a mi mujer ni a mí nos gustan especialmente los gatos, esa declaración tiene un sentido del todo distinto en su caso, en la medida en que, desde siempre, ella ha mantenido una mirada atenta y cómplice hacia los animales, al contrario de lo que me sucede a mí, que solo soy capaz, por así decirlo, de distinguir entre un perro y un gato.

Después de que los vecinos lo adoptasen, el gatito empezó a hacer frecuentes apariciones en el jardín al son del cascabel que colgaba de su collar rojo.

La valla que nos separaba de la casa principal era tan endeble que en realidad parecía no existir división alguna. Los árboles, los montículos artificiales, el estanque, los parterres de flores que iluminaban de color el inmenso y majestuoso jardín principal debían de resultar irresistibles a ojos del gato. Se aventuraba siempre desde el minúsculo jardín del pabellón hasta el enorme espacio que se abría ante él.

Cuando la puerta no estaba cerrada, tenía la costumbre de echar un vistazo dentro de nuestra casa. Al poco rato, volvía a salir por donde ha-

bía venido sin mostrar la más mínima señal de sentirse cohibido por la presencia de seres humanos. No obstante, y era ese un rasgo propio de su carácter, nos observaba con gran recelo, tranquilo, con la cola erguida, sin atreverse a entrar del todo. Un simple ademán de tenderle los brazos, y huía a la velocidad del rayo. Si intentábamos retenerle por la fuerza, mordía. Todo aquello sucedía bajo la atenta mirada de la anciana propietaria, y en cuanto nos dábamos cuenta de que nos observaba abandonábamos cualquier tentativa de acercarnos al pequeño animal.

Fue en el otoño de 1988, antes de la inminente llegada del invierno, cuando la era Showa* estaba a punto de tocar a su fin.

* La era Showa se inaugura en 1926 con la subida al trono del emperador del mismo nombre y se extiende hasta 1989, año de su fallecimiento. (*N. de los T.*)

Sobre el autor

Takashi Hiraide nació en la localidad de Moji, Kitakyushu, en 1950. Después de trabajar durante nueve años como redactor para una editorial de Tokio, decidió consagrarse a la escritura. Entre sus obras se cuentan una biografía del poeta Irako Seihaku, un libro de viajes que rastrea los pasos de Kafka, Celan y Walter Benjamin en Berlín, una compilación de cartas inclasificable y el libro de poemas *Kurumi no seni no tameni* (Para el espíritu luchador de las nueces). Es profesor de Ciencia del Arte y Poética en la Universidad de Tama y miembro fundador del Instituto de Antropología del Arte en Tokio. Su primera novela, *El gato que venía del cielo*, traducida al inglés y al francés, ganó en 2002 el Premio Kiyama Shohei.